

Las monedas del mundo islámico

Durante el siglo VII, cuando en Europa occidental dominaban los bárbaros, un pueblo de origen semita estaba adquiriendo una personalidad cada vez más definida: los árabes. Provenían de la región comprendida entre el mar Rojo, el golfo Pérsico y el océano indico, estaban divididos en tribus, la mayoría nómadas y dedicadas al pastoreo, una actividad poco rentable en las desiertas e inhóspitas regiones interiores del territorio. A menudo en guerra entre ellas, las tribus árabes vivían también de incursiones y saqueos. Su organización social primitiva no permitía un sistema de mercado, y no preveía unidad política alguna. En este clima de anarquía y de miseria, apareció un personaje de gran inteligencia que, con sus ideas y con su carisma, iba a convertirse en uno de los protagonistas de la historia, tanto del pasado como de nuestros días: Mahoma.

Mahoma y la unidad del mundo árabe

Mahoma nació entre los años 570-580, en el seno de una familia aristocrática, en La Meca, ciudad santa para los árabes, entonces paganos y politeístas. Ejerció muchos oficios, y durante su vida errabundo, típica de la realidad local de aquel tiempo, tuvo ocasión de conocer a fondo no sólo a los beduinos y su atribulada existencia, sino también las religiones de judíos y cristianos, de las que comprendió el valor de su monoteísmo. Después de su boda con una acaudalada viuda llamada Jad-ia, Mahoma inició un período de meditación, tras el cual emprendió su predicación: el verdadero y único dios de los árabes era Ala (que significa @